

BENITO PÉREZ GALDÓS Y CANARIAS

*Primeras críticas * El joven Benito,
autor dramático * Influencias clásicas*

LA VOCACIÓN LITERARIA SE ACENTÚA

III

CRÍTICA Y PRECEPTIVA LITERARIAS

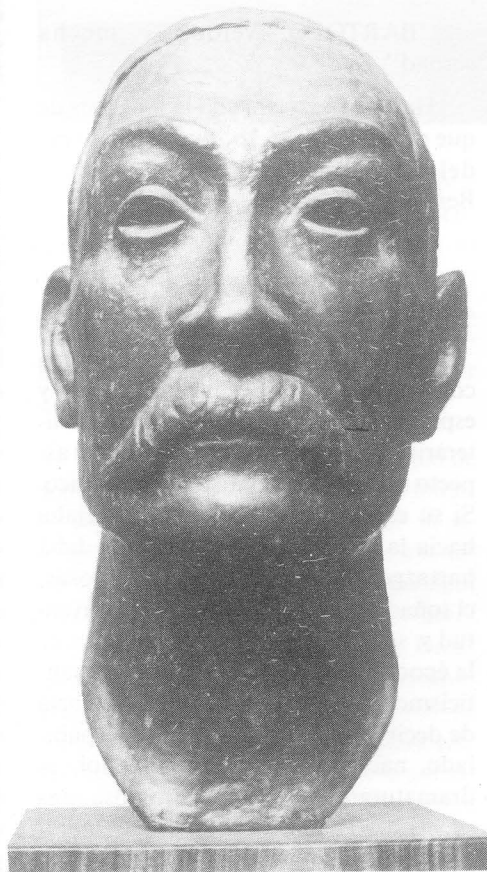
El sentido crítico de Benito no se ha desarrollado solamente ante las torpezas de la sociedad o de los individuos; quien es ya capaz de componer versos como los dedicados al coliseo náutico, no es raro que a veces actúe también de crítico literario. Un compañero suyo, Fernando Ingot, había de recordar andando el tiempo una de estas intervenciones. En clase de Retórica y Poética, el profesor había encargado a los alumnos una composición en prosa. Fernando la hizo, porque le cupo en suerte o por elección propia, sobre el invierno. No fué para él un trabajo fácil. Se estrujó el caletre, sudó, redactó, tachó mil veces, hizo un gran gasto de papel y tinta, pero, al fin, bastante satisfecho de su obra, la puso en limpio y la firmó. Cuando ya iba a entregarla al profesor, se la mostró a Benito, y, con gran asombro suyo, vió que éste se la llenaba de correcciones y advertencias. Después, en plena clase, el profesor manifestaba que aquellas “advertencias y correcciones estaban muy en su lugar y merecían ser atendidas”. La admiración de Fernando ya no tuvo límites⁽³²⁾.

Estas dotes de crítico literario, no las aplica Benito solamente a los trabajos de los compañeros. Se manifiestan, aún con mayor libertad y energía, en sus propios ensayos. En una composición que le encargaron en la misma clase de Retórica y Poética, lejos de hacer la típica redacción, ingenua a exaltada, plagada de pedantescos lugares comunes, ridiculiza la pedantería, la retórica y los tópicos. Su aversión a las artificiosas y resobadas fórmulas de escuela y sus preferencias por la expresión sencilla y cargada de realidad le llevan a una posición interesantísima ante la literatura. Por

3

una parte, y salvando distancias, aparece en línea con la remota tradición española de escritores que han puesto en solfa modas poéticas de signo contrario al inevitable realismo de raza; por otra parte, tiene, más o menos inconscientemente, gestos o expresiones que valen por indicios claros de una futura orientación. Unos fragmentos de su antirretórico trabajo darán clara idea de cuáles eran sus tendencias y su actitud:

“¿Qué podré yo decir de la salida del sol que no haya sido dicho y repetido mil veces por esa turba de plagiarios rimadores que infestan el moderno Parnaso?... Todo cuanto diga del *arrebol*, del *fuego*, de la *púrpura*, de los *cien mil colores*, del *nácar de las nubes*, del *hermoso cambiante*, del *rielar de las aguas*, del



azul inmenso, del *luminoso y resplandeciente globo*, de la *sonrisa de la naturaleza*, del *caos sepulcral*, del *ámbito*, y de la *fulmínea y albicante llama*, todo fastidiaría como falto de originalidad, equivaldría a repetir una vez más el inmenso diccionario de la grey pedantesca, con las mismas palabras, las mismas alusiones, los mismos giros, a ser, en fin, tan pedante como ellos...

“Pues bien; mientras tienen lugar estas maravillas allá arriba, echad una mirada por el rabo del ojo y veréis lo que pasa en la tierra.

“... Las flores abren sus cálices *purpurinos*, *transparentes*, *matizados*, salpicados con las últimas brillantes perlas del rocío... Luego que las flores están abiertas, viene lo del céfiro... En seguida, los quejidos del melancólico ruiseñor trinando amorosas endechas, y las melifluas gargantas de las calandrias, de los jilgueros...

“Después que todos los personajes del catálogo de Buffon han cantado cuando han querido... Principian los pescadores a recoger sus redes... Y los rebaños de ovejas a deslizarse en lánguido tropel sobre la verde grama.

“POETA.—¿Qué es aquella línea rojiza que contornea los arcos de aquel puente y refleja en el cristal del río, semejante al hilo de las parcas, destacándose sobre la negra masa del puente? ¿Y qué es aquel continuo chisporreo que se mece y se eleva y se extiende, semejante a un escuadrón de infernales espíritus, semejante a la inspiración lenta, vibrante y sarcástica del ángel de las tinieblas?.

“Yo.—Aquello es una banda de mosquitos que vienen a hacer la digestión de la sangre que inhumanamente han bebido, plaga carnífera de la humanidad, que aunque inferior a la de los pendientes, bastara por sí sola a armar una revolución máxima en el verano...

“POETA.—Pero, ¿qué veo? Aquello, si no me engaño, es una falange de tenebrosos espectros que se levantan de sus tumbas para amedrentar a los mortales; o una columna de vivientes áto-

mos que se desprende de la tierra para formar nuevos mundos y nuevos seres; o es el soplo infestado del mundo que se apodera del alma de la cándida virgen, ángel del hogar, para distraerla de sus castos pensamientos y hacer retroceder su planta, que marchaba segura a la tranquilidad del claustro.

“Yo.—Mentecato, ¿no ves que es el humo que sale, a falta de chimenea, por un negro agujero practicado en el techo de aquella casucha? ¿No sabes que los patanes están guisando su potaje de judías y jaramagos *pa jincharse la panza antes de agarrar la azaa*, como ellos dicen...?”

“¿Qué diablos tienes en la cabeza, que estás delirando con espectros, fantasmas, luces y satánicas inspiraciones?. “Acaba de una vez de ensartar tantas sandeces, ya que has dicho lo que todos han dicho tantas veces, expresiones que si alguno ha sentido, nos ha sentido tú; déjate de emanaciones que no sientes, de armonía que no escuchas, de embalsamados perfumes que no aspiras, de vivificantes reflejos que no perciben tus sentidos, de inexplicable y melancólica dicha que no siente tu corazón naturalmente prosaico...”⁽³³⁾.

El espíritu crítico y el gusto por la expresión sencilla y espontánea eran, pues, tan connaturales a Benito Pérez, que a la edad en que otros chicos hacen amanerados pinitos literarios, él barre con todos los amaneramientos y propugna la naturalidad como norma expresiva.

“LA ANTORCHA”, OTRO PERIÓDICO MANUSCRITO

Trabajitos como éste, de crítica literaria y composiciones como las que antes hemos visto, de sátira social, debieron de llenar las columnas del periódico manuscrito *La Antorcha*, que, según parece, fué por entonces la tentativa literaria y editorial de más importancia del adolescente autor. No se conserva ningún ejemplar de esta “revista”, pero en un artículo publicado en *El Omnibus* (6-VIII-1862) se dan bastantes detalles de ella. En el artículo, que se titula *Bartolo y Yo*, se lee lo siguiente:

“BARTOLO.—Pues ya se ve. Usted entenderá de leyes y reales decretos; pero para esto de novedades me pinto solo. Si usted tuviera conocimiento de unos periódicos literarios manuscritos que andan por ahí titulados el *Guanar teme* y *La Antorcha*, ya vería usted qué bonitos versos tienen.



“Yo.—¿Y quién se entretiene en redactar esos papeles y dónde los has visto?”

“BARTOLO.—Sus redactores no los conozco; pero leerlos, los lee quien quiera, pues corren por ahí de mano en mano y aún tienen entrada en ciertas tertulias.

“Yo.—Qué quieres, Bartolo; por desgracia, en nuestro suelo no se da protección a la literatura: el genio muere y el gusto, el verdadero gusto, se pierde por temor a la crítica severa de los que se complacen en destruir lo que no son capaces de hacer.

“BARTOLO.—Verdad y mucha verdad”.

Hay quién ha lanzado la hipótesis de que el pseudónimo Yo, que figura al pie del artículo, encubre al propio Benito⁽³⁴⁾.

AUTOR DRAMÁTICO

Pero si la crítica y la sátira quizá constituyeran el aspecto más natural y espontáneo de los “juveniles destellos literarios” del distraído estudiante, tal aspecto no era, ni mucho menos, el único. Si su espíritu observador le empujaba hacia la realidad, donde sus ojos daba hartazgos, curioseando todas las cosas, el soñador idealismo propio de su juventud y, sobre todo, los gustos literarios de la época, le arrastraban hacia el romanticismo. Y así, quién más tarde habría de decir que “todo muchacho despabilado, nacido en territorio español, es dramaturgo antes de ser otra cosa más práctica y verdadera”, ya había enjareñado entonces más de un drama históri-

co y horripilante. De uno, por lo menos, se tienen noticias seguras y detalladas: Es el titulado *Quién mal hace, bien no espere*. Esta escrito en verso, tiene un solo acto y figura fechado en 1861. Sus personajes son dos: Inés de dieciocho años, y el conde don Froilán Pérez, de sesenta y ocho. La acción se desarrolla en un castillo feudal español, en 1304. De su argumento se ha dado el siguiente resumen:

“El conde don Froilán está casado con una hermana de Bermudo, de la que tuvo una hija; más la esposa del conde, no pudiendo resistir sus celos y brutalidad, huye de su lado para refugiarse con su hermano, y éste robó también al conde su hija, casándose con ella. Don Froilán, al cabo de algún tiempo, consiguió apoderarse de Bermudo, a quién odiaba no sólo por el drama de familia, sino también porque el rey don Sancho IV le dió los castillos de Brodiel y Castrofuerte, que pertenecían al conde; al principiar la acción, Inés procura en vano hablar a Bermudo, e intercede por él inútilmente cerca de don Froilán, ofreciéndole descubrirle el paradero de su hija si da la libertad al preso. La acción se desarrolla rápida, violenta. Don Froilán deja pronto entender que ha hecho degollar a Bermudo; Inés, entonces, loca de dolor, le jura en venganza, que moriría sin saber de su hija, con lo que, exasperado el feroz conde, ordena a su verdugo que afile su cuchillo, pues hay una nueva víctima. Solo don Froilán, siente remordimientos, vacilaciones; una carta que halló sobre el cadáver de Bermudo, dirigida a su mujer, y en la que habla de un hijo que no llegó a conocer, pues nació hallándose ya el padre preso en el castillo, impresiona su cora-

zón de piedra: ¡es abuelo, sabe además que su hija se encuentra en Brodiel!... Pero sus vacilaciones cesan pronto. Inés debe morir porque conoce el asesinato de Bermudo... Los crímenes se encadenan.

“Cruza Inés el teatro para ir al suplicio. La lúgubre luz del crepúsculo alumbraba la escena. Inés arroja un papel a don Froilán; en él descubre que es su hija, que le maldice por haber asesinado al dueño de su corazón; pero que le perdonará si no venga sus iras en el recién nacido nieto...

“Lleno de horror, conoce el conde la tremenda verdad:

“—¡Qué vas a hacer! ¡Detente, Rebollado!— grita desesperado al verdugo; pero es tarde: una campana dobla anunciando que se ha cumplido la sentencia, y el conde don Froilán cae desplomado, lanzando sus postreras imprecaciones:

“¡Confúndeme, Señor! ¡Dame la muerte! ¡La Muerte, sí! ¡La muerte y el infierno...!”⁽³⁵⁾.

El asunto, el desarrollo y el tono no pueden ser más románticos. Benito rinde tributo en este drama a la moda literaria de la época. Aunque no esté muy de acuerdo con sus naturales tendencias, no puede evitar la influencia del gusto imperante. No es de extrañar. Si escritores ya formados y maduros han cambiado completamente su estilo bajo la presión de un nuevo movimiento literario, ¿qué podrá hacer contra el ambiente quién anda todavía en los primeros tanteos y no tiene aún estilo propio, ni gusto formado, ni orientación definida?

Es el mismo fenómeno que ya observamos en sus trabajos manuales de niño. Esta pieza dramática tienen igual significación que aquel pueblo enriscado de alta iglesia gótica, que también quedaba al margen de toda su labor realista de recortador de monigotes.

INFLUENCIAS CLÁSICAS

La misma juvenil blandura a las extrañas influencias se advierte en la relación de un viaje alegórico que escribió el mismo año que el drama: *Un viaje redondo por el bachiller Sansón Carrasco*. Las Palmas, septiembre, 20 de 1861. Es el más interesante de todos sus escritos de esta época. En él se manifiestan, en curioso ensamblaje, influencias clásicas —Cervantes, Quevedo, Vélez de Guevara...— y algunas referencias a autores románticos. El conocimiento de

los clásicos españoles parece fruto de una clase de literatura bien aprovechada; sabe aún a colegio. La lectura de los románticos, especialmente de los franceses, pudiera ser, en cambio, de iniciativa propia. Pero a unos y otros elementos se suman, con singular valor, el connatural espíritu crítico y las notas y apreciaciones personales, en que empiezan a manifestarse las ideas del escritor en ciernes.

En la dedicatoria del *Viaje*, la influencia cervantina es manifiesta:

“Sapientísimo lector: De buena gana quisiera entrar de lleno en el verídico asunto de mi historia, sin andarme en dimes y diretes contigo; pero al considerar que un personaje tan respetable

“Oh tú, lector gastrónomo, engullidor de libros, que has encanecido en la continua contemplación del inagotable Dumas, y del sensibilísimo Federico Soulié!; ¡tú, que a fuerza de magullar novelas y de merendar folletines has petrificado tu sensible corazón y has llegado a pasar impávido tus ojos por las sangrientas páginas de Victor Hugo!; ¡tú!, eres el que desprecia con aire pedantesco mi pobre libro, que aunque seco de invención no lo trocara yo por muchos de los que andan de mano en mano en nuestros días; ¡tú!, que pasan las noches leyendo de claro en claro y los días de oscuro en oscuro has sentido encajada en tu cerebro tan formidable máquina de lindezas y donosas aventuras. Bien te he visto, bellaco impertinente, bien te he visto arrojar el li-



como tú pondría muy mala cara al abrir las hojas de este mi libro, y que al encontrarse sin la debida *Dedicatoria* lo arrojaría mohino a cien pasos de sí, tomé de mal humor la mal tajada péñola, y descansando el codo en el papel, permanecí perplejo un largo rato sin saber qué decir ni cómo comenzar.

“Ya me levantaba y hacía además de arrojar la pluma sin que la esterilidad de mi ingenio pudiera imaginar ni siquiera una de esas ideas rancias mil veces vertidas al papel, cuando te distinguí frunciendo con cólera las cejas y amenazándome con el puño. ¡Ira de Dios! Quién pudiera, lector sapientísimo, asentar esta mi poderosa mano en tus hinchados mofletes; quién pudiera asir con entrambas manos un grueso garrote de avellano y hacerlo astillas sobre esas posas que envidiaría el mismo Sancho Panza.

bro, envuérte en una ancha capa y haciendo la potente tizona y arminoso laúd ponerte a cantar dulces trovas a la luz de la luna: mas sintiendo a deshora los pasos de la ronda pusiste los pies en polvorosa acuhillando de paso a un miserable esbirro que tuvo la desgracia de asirte por el extremo del ferreruelo. ¡Tonto de a folio! ¡Loco de atar! Dime, hi-deputa, malnacido, ¿por ventura ignoras que no eres un héroe de novela? ¿Qué maligno encantador te ha hechizado? Socorrón, estripaterrones. ¡Cretino indómito! ¡Antropófago!

“Y basta, señor mío, y no digo más, que si seguir deseara, en Dios y en mi ánimo que no me faltaría materia para hablar en tres semanas, porque de fechorías de lectores lleno tengo yo mi cerebro y no me arredran pelillos cuando en alas de mi mal humor arremeto lengua en ristre con algún impertinente pela-

rruecas, y le hago sudar la gota gorda en un quitame allá esas pajas. Basta de charla, y, si quieres oír una venturosa aventura que me sucedió hace poco días, pon atención y no me interrumpas”.

La forma en que el autor realiza el viaje —por el aire, llevado por Satanás— hace recordar *El diablo cojuelo*, fray Vélez de Guevara. Véanse unos fragmentos:

“Apenas el rubicundo Apolo, restregándose los ojos con aire soñoliento, dejaba el fúlgido jergón de escarlata y, puestas las correspondientes botas de viaje y el airoso sombrero adornado de blancas plumas, enjazzaba los fúlgidos caballos de su rutilante carroza; y apenas despidiendo con aire majestuoso a la tímida noche aparecía en el dintel guarnecido de diamantes de su oriental palacio, cuando, dando un salto en mi

cama desperté y, como buen cristiano que soy, hice la señal de la cruz y me levanté.

“No bien había encajado en mi cuerpo, enjuto y más que medianamente largo, la clásica sotana y las correspondientes medias negras, cuando sentí un dolor agudo en las orejas como si las manos de un vestiglo me estuviesen tirando fuertemente de ellas. Volvime dando un grito, cuando cátrate, lector amigo, que topé con el mismísimo Satanás, que sin pedirme el competente permiso se entró de rondón en mi habitación y me tiraba de las orejas como si fuera un chico de escuela. —Hola amigo—, le dije colérico y mohíno— dejad estas orejas que son mías, y sí el mismo Félixmarde de Hircania tocarme ha las orejas, aunque para ello se armare caballero, si que yo aunque bachiller, e

hidalgo de poco yantar y de poco huelgo, mal genio tengo y no dejo mis orejas a disposición de nadie.

“—Es el caso, amigo Sansón, quiere un cuñado mío tomar estado con una ricahembra de Alcalá. Mañana serán las bodas, y como yo quiero y siempre deseo que las cosas se hagan en regla, me vino a las mientes la idea de un simulacro, acompañado de un auto o de algún entremés, con un paso de tragedia de los más de moda.

“—Perded cuidado, amigo mío, que farándulas y comediantes no faltan a docenas. Yo conozco un estudiante amigo mío que hace el papel de tempestad con tal propiedad, que no hay más que pedir; y la lavandera de mi maestro de humanidades, que es una moza muy garriada y asaz bien dispuesta, representaba en algunos autos el papel de discordia mejor que lo haría la discordia misma... Y para poder aderezar con espacio el local del teatro llévame allá, amigo Satanás, porque en Dios y en mi ánima ya me siento con ganas de calzar el coturno.

“A este punto había llegado de mi razonamiento cuando, asiéndome por entrambas orejas echó a volar por encima de aquellos tejanos de Dios como gato que lleva sardina, y, en un santiamén, me encontré en el zaguán de la casa de Lucifer, honor y prez de los diablos cazadores, que andan a caza de almas como los perros en caza de perdices y los caballeros andantes en caza de aventuras y de encantamientos”.

Sigue el capítulo segundo, en que se da cuenta de cómo fué recibido el bachiller Sansón Carrasco en casa de Sántanas, de las cosas que allí vido, con algunos otros nunca oídos sucesos. A través de este capítulo son los Sueños, de Quevedo, los que acuden a la memoria.

“... A poco rato sacó Satanás de un gran armario que allí junto había, un grueso infolio con hojas de pergamino y tapas de madera guarnecido de gruesos clavos de bronce. Al primer golpe de vista y casi olvidando el carácter del personaje, creí que fuera una voluminosa Biblia destinada a entretener los ocios de mi buen amigo, pero se desvaneció mi creencia al ver en la primera hoja el libro *1860*, escrito con caracteres como el puño. En la segunda hoja decía con letras de igual calibre *Europa*, y en un rincón del aposento había tan gran cantidad de estos libros, que bien pudieran contarse por miles.





“Yo, que soy más curioso que las hijas de Eva, principé a hojear el libro y en la primera página leí:

“2.043 procuradores entrados en los meses de Enero, Febrero, Marzi, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto y que consumen diariamente 700 libras de pez, cuarenta quintales de azufre con 200 atriadoes.

“...—¡Cáspita! —exclamé— pobre gente. Y cómo abuna en este sitio...

“Y mi amigo alargó en aquel instante la mano, abriendo una gran ventana que allí enfrente había, y me señaló una inmensa galería cuyo fin en vano trataba de encontrar la vista de donde se agitaban en horroroso torbellino (como diría un poeta) más de 500 millones de condenados y otros tantos diablos, culbrones, martirizadores, etc...

“Después, tendiendo la vista sobre la siguiente hoja del cuaderno, leí: 1.749 escribanos... Después seguían los demás administradores de justicia, que no eran pocos, y, por último, alguaciles y esbirros, que eran infinitos.

“Página 5ª... 2.043 perversos de la juventud, que pasan los días y las noches envenenando el corazón de los inocentes niños so color de encaminarlos

por el camino de los hombres completos y de gran tono.

“—Este género, dijo Satanás, era muy escaso hasta el siglo pasado, pero ha crecido tanto en el siglo de las luces, que me verá en grave conflicto, a causa de no poderlo sujetar.

“Después seguían en orden de batalla los novelistas, que eran innumerables. Entre ellos había muchos de aquellos que se dan a propagar teorías ridículas, absurdos teñidos de color de rosa, muy agradables a primera vista, pero que producen el mismo efecto que una dosis de veneno revestido de una ligera capa de azúcar”⁽³⁶⁾.

LA LIBERTAD Y LA RELIGIÓN

Pero si el recurso de la visión alegórica del infierno es antiguo, y aún son tópicos algunos de los condenados — escribanos, procuradores, etc.— Otros personajes y elementos infernales pertenecen a los tiempos modernos. Los toques liberales, las referencias a cuestiones religiosas y clericales son característicos de aquella segunda mitad del XIX, que entonces empezaba. Benito debió de ponerse en contacto con es-

tas nuevas cuestiones y tendencias en el mismo seno del colegio.

Véanse unos fragmentos, en que aparecen bien claras las nuevas preocupaciones:

“A este tiempo llegábamos de nuestra revista cuando se me ocurrió una idea, y al momento interrogué a Satanás de esta manera:

“—Amigo mío, deseara de buena gana oír de vuestra boca aquello de la tentación a Jesucristo, aquella donosa travesura vuestra que tanto ruido hizo en Jerusalén.

“—Amigo mío, a la verdad es una de mis más graciosas aventuras, aunque ninguno de vuestros historiadores la cuenta como en efecto sucedió; todos procuran darnos en ella la peor parte, como pecador y estafalario que soy; pero, si quieres creerme a fuer de honrado, te aseguro que toda aquella trapisonda no tenía otro objeto que una secreta reconciliación entre el cielo y el infierno. Por vida de mis cuernos, yo hubiera lavado la afrenta que cayó sobre mí el día en que me echaron de allá arriba como a un perro goloso, y Dios también hubiera borrado la fea nota de desamparador de pobres que después le



dieron las futuras generaciones, amigas mías; cuando cátrate que al estar prelu-diando con ese tuno de Cristo el discur-so que había de trastornar las fases del universo, él, que no es tonto y un sí es no es erudito, se figuró que yo trataba de hacerle dar una valiente cabriola del monte abajo, se quito de razones y ha-ciendo una pirueta me despidió de su presencia dejándome con la palabra en la boca como perro atragantado.

“Al oír blasfemar de aquella mane-ra al enemigo de Dios y de los hombres, corté la conversación volviendo la hoja en que estaban inscritos los periodistas y leyendo en alta voz otra tremenda ho-ja donde decía: *Cuenta de las mujeres perdidas en el presente año*,

“—¡Pecador de mí —exclamé—. Pues qué, ¿tanto abunda este género que necesita artículo aparte?

“—Y no es eso lo pero, amigo bachi-ller —prosiguió Satán—. No es lo peor que esas mujeres descomedidas y gasta-doras de las buenas costumbres, sosten-gan tan vergonzoso tráfico de su hermosura, no, seor bachiller amigo; es lo peor que los poetastros y novelistas han dado en sacar a plaza este repug-nante aborto de la sociedad revestido con la púrpura del sentimiento y de la poesía...

“—Peo decidme, si os place; ¿no hay predicadores ni misioneros apostólicos que exterminen con su elocuencia tan formidable plaga?

“—¡Quiá, seor bachiller!. Todo es humo de pajas. Los predicadores no se entran en esas asperezas, so pena de una carga de sordas rechifas y de cáusticas murmuraciones que no les dejarían pun-to de reposo. Infeliz mil veces el sacer-dote que se desviare un tantico de la universal costumbre.

“—¿Y los libros? —interrumpí.

“—¡Qué libros!, seor bachiller. Infe-liz el librero, poseedor de ideas rancias y anticivilizadoras que se empeñe n tras-tornar el curso natural de las ideas: hi-deputa, follón; pues no faltaba más...; afuera, caterva impertinente, no obstru-yan el camino de la civilización, de esa locomotora fugaz que atraviesa la euro-pa sin estorbos mezquinos ni viles ideas que la detengan.

“Estas y otras filípicas caen en trop-el sobre el infeliz autor o librero que clava en sus paredes el siguiente cartel: *Manuel de la verdadera religión, vida de Jesucristo, el hombre y Dios*.

“El predicador conténtese con al-zaar los brazos en ademán de dar un sal-to sobre la cuerda floja; exclamé... ¡Viva la libertad!, conmueva con su chusmi-gueresca (*sic*) elocuencia las bóvedas del templo y llene de ardiente y sacio (*sic*) fuego el corazón de los oyentes; enton-ces no necesita más; será más elocuente que Cicerón y más sabio que San Agustín.

“¡Libertad!, palabra sagrada, profa-nada a cada instante por cualquier in-

truso estripaterrones que se vuelve del lado de donde sopla el viento y se cree capaz de trastornar la faz del universo.

“Así hablaba el bueno de Satanás, con tan comedias razones, que en nada al tentador de Eva semejaba, dejándome atónito y en extremo absorto con su discreto razonamiento.

“Después continuó: —Existió en Pa-rís un escritor que se puso en gran con-flicto publicando un libraco, titulado *La mujer católica*; pero algunos días des-pués de la publicación cobré ánimo al ver lleno de pasmo y admiración que ninguna mujer hacía caso de tal libro. Muchas le principiaron a leer creyendo encontrarlo de donosas aventuras reple-to, pero lo abandonaban después como pesado y fastidioso. Tan sólo una her-mana de la caridad y una monja de las Salesas pudieron leerlo de cruz a fecha, sin olvidar punto ni coma; pero la pri-mera dedicó las hojas del tal libro, des-pués de leído, a envolver píldoras y especias, y la segunda sintió en el alma no hallarse fuera del claustro para po-der ser el ideal del padre Ráulica”⁽³⁷⁾.

¡Qué lejos ya de este cuasi bachiller, con ribetes de liberal y ademanes irre-verentes, aquel niño modoso y casero, organizador de murales procesiones, prolijas e interminables!. Les separa lá misma distancia que se ha ido interpo-niendo entre la existencia confiada, se-gura y sencilla de la casa de Benito y el mundo arrebatado, cargado de dudas y gestos violentos, que, curso tras curso, ha ido surgiendo tras las ventanas del co-legio. Entre una y otra parte no hay, sin embargo, solución de continuidad ni abismos insondables. Una honda co-rriente soterraña las une y surge en uno y otro lado con brotes semejantes. Al-gunas de las testas que han contribuido a saturar de nuevas ideas el ambiente del colegio, llevan tonsura. Y sobre los agi-tados sueños de los estudiantes, el cru-cifijo sigue extendiendo sus brazos de paz y sosiego.

NOTAS

- (32) Cfr. F. INGLOT, Benito Pérez. Recuer-dos, en “La Provincia”, Las Palmas de Gran Canaria, 10 de mayo 1943.
- (33) Cfr. BERKOWITZ, loc. cit.
- (34) *Ibidem*.
- (35) *Ibidem*.
- (36) *Ibidem*.
- (37) *Ibidem*.